

El niño vino tranquilamente desde el fondo del parque y se plantó delante de la muchacha.

—Tengo hambre —declaró.

Eso dio ocasión al hombre de trabar conversación.

—Claro, es la hora de merendar —dijo.

La muchacha, en lugar de ponerse en guardia, le dirigió una sonrisa llena de simpatía.

—Sí, deben de ser cerca de las cuatro y media, la hora de su merienda.

De la cesta que tenía al lado, sobre el banco, sacó dos rebanadas de pan con mermelada y se las dio al niño. Luego le anudó con destreza una servilleta alrededor del cuello.

—Es guapo —dijo el hombre.

La muchacha negó con la cabeza.

—¡Oh, no es mío! —dijo.

El niño se marchó con sus rebanadas.

Era jueves y había muchos niños en el parque, niños mayores que jugaban a los bolos o a plantón, niños más pequeños que jugaban en la arena y niños todavía más pequeños que esperaban tranquilamente en los cochecillos a que les llegase la hora de juntarse con los demás.

—Fíjese —continuó la muchacha—, podría ser realmente hijo mío y a menudo lo toman por tal. Pero yo digo siempre que no, que no tiene nada que ver conmigo.

—Ya —dijo el hombre—, yo tampoco tengo hijos.

—A veces se le hace a una extraño que haya tantos niños por todas partes y no tener ninguno, ¿no le parece?

—Sí, señorita, pero ya los hay de sobra, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? No, señor.

—Pero si a uno le gustan y los quiere, ¿no cree usted que el no tenerlos tiene menos importancia?

—¿Y no se podría decir igualmente lo contrario?

—Sí, claro que sí, pero depende del carácter de cada cual. Yo creo que hay quien se puede contentar muy bien con los que ya existen, y yo debo ser de esos; niños he visto muchos e inclu-

so podría tener hijos, pero, ya ve usted, me contento con los que hay.

—¿De veras ha visto usted muchos niños?

—Sí, señorita. Es que yo viajo.

—¡Ah!, comprendo —dijo amablemente la muchacha.

—Excepto en momentos como este, en que me tomo un descanso, estoy todo el tiempo viajando.

—Los parques son buenos sitios para descansar, y sobre todo en esta época; a mí también me gustan mucho; esto de estar así, a la intemperie...

—No cuestan dinero y son sitios siempre alegres, con tantos niños, además, cuando uno conoce a poca gente, tiene aquí de vez en cuando ocasión de charlar un poco.

—Sí, es verdad que también son prácticos desde ese punto de vista. Y dígame: ¿vende usted algo cuando viaja?

—Sí, ese es mi oficio.

—¿Siempre los mismos artículos?

—No, artículos diferentes, cosas pequeñas, ¿sabe usted?, de esas de las que se tiene siempre necesidad y que se olvida uno siempre de comprar. Me cabe todo en una maleta no muy grande. Yo soy una especie de viajante de comercio, ya comprende lo que quiero decir.

—¿De los que se ven en los mercados con la maleta abierta delante?

—Sí, señorita, exactamente, yo instalo mi maleta y me pongo a vender en los alrededores de los mercados callejeros.

—¿Será indiscreción preguntarle si eso da para un buen pasar?

—No me puedo quejar, no, señorita.

—¿Ve usted?, no lo hubiera dicho nunca.

—Bueno, yo no quiero decir que dé para mucho, pero algo se gana todos los días, es lo que yo llamo un buen pasar.

—En fin, que hambre no pasará usted, si no es indiscreción.

—No, como más o menos lo que me apetece. No quiere decir que coma todos los días igual, que algunos días viene un poco justillo, pero comer todos los días, eso sí.

—Me alegro.

—Gracias, señorita. Sí, ya ve usted, salgo del paso todos los días. No me puedo quejar. Como vivo solo y sin domicilio fijo, tengo muy pocas preocupaciones y las pocas que tengo me conciernen a mí solo. Verdad es que a veces me falta un tubo de dentífrico y con frecuencia echo de menos un poco de compañía, pero aparte de eso, voy tirando, sí, señorita.